

LA ACADEMIA CALASANCIA



FUNDADOR: REDMO. P. EDUARDO LLANAS. ESCOLAPIO: CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE



DOCUMENTO INTERESANTE

Del nuevo prelado de Barcelona ha recibido el M. R. P. Provincial de las Escuelas Pías de Cataluña, la carta siguiente:

«Unión Apostólica.—Asistencia General.—Madrid, 16-4-1914.

Reverendo P. Luis Fábregas, Provincial de las Escuelas Pías de Cataluña.

Rdo. y amado en Cristo Padre.

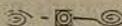
Mucho agradezco se haya servido V. R. dirigirme tan atenta y expresiva felicitación, con motivo de mi propuesta para la Sede de Barcelona, y me haya reiterado los ofrecimientos que ya me tenía hechos el dignísimo Asistente General por esa provincia de Cataluña, M. R. P. Salvador Marcó.

Dígnese recibir con mi saludo afectuoso el ofrecimiento de franca amistad y de todo mi concurso a la magna obra de formación de la niñez y juventud que realizan los once Colegios que funcionan en esa Diócesis.

Ruega en sus oraciones y queda muy reconocido a la atención de V. R. su affmo. en Cristo S. S.

q. b. s. m.

ENRIQUE REIG.»



RENOVACION DE PROCEDIMIENTOS.

Uno de los aspectos que contribuyen a sustentar el falso criterio que acerca de la importancia del Comercio se tiene en nuestro país, es sin duda el que marca hasta qué punto la ausencia de las formas urbanas y cultas dejan de informar la vida mercantil.

La mixtificación del concepto de *hombre práctico* lleva a la mayoría de los comerciantes a mirar con recelo y a rehuir los procedimientos de corrección en la vida social, y la adquisición de una vasta cultura, no ya general, sino exclusivamente económica.

Confesemos que dichos comerciantes son los primeros que con sus actos niegan la trascendencia que los cauces modernos asignan a su profesión; los primeros que tratan de sustituirla en el plano preeminente que ha conquistado sobre todas las ramas de la actividad humana.

Por considerar el Comercio como la expresión más práctica de la manera de hacer fortuna, los que a ello concurren no vacilan en confundir las ajustadas prácticas de finalidad tan noble con el instinto de un desatado y ciego egoísmo que pisotea todo aquello que no les represente un provecho inmediato, sin reparar en que otros medios pueden reportárselo más cuantioso.

El regreso del continente americano de emigrantes ricos, ha contribuido a alimentar y a dar pábulo a tan absurdas creencias y perjudiciales prácticas.

«Mirad, se dice, fulano hizo sus millones cargando las espaldas o tratando guajiros y gauchos.» «Toda su instrucción consiste en leer y escribir medianamente y en una contabilidad poco más que dedil.» «Su ignorancia y rudas maneras las disculpan sus numerosos billetes de Banco.» «¿A qué andarse por las ramas y debilitar el cerebro para alcanzar una fortuna que se puede adquirir con menos preocupaciones y sinsabores?» Y por aquí pasean dichos señores de manos encallecidas o músculos vigorosos, dando la razón a los escépticos y desilusionando a los esforzados, cuando se deja de ver, que ni el continente allende el Atlántico es Europa, ni la característica de su economía *agrícola y mercantil* es comparable a la que asignan a la Europa las proporciones colosales de su Industria y el desarrollo asombroso de su técnica manufacturera, agraria y comercial.

Parte tiene en aquello también la insistencia de las versiones supinamente equivocadas que lanzan los fracasados o estancados en sus aspiraciones, atribuyendo a manejos crueles del *hado de la suerte*, la postergación que han sufrido en la difícil carrera del bienestar humano,

Por supuesto, que la historia heroica de los esclavos del esfuerzo y la constancia, es el mentís más decisivo que se opone resueltamente a la persistencia de tan fantásticas elucubraciones, nacidas del amor propio natural que subordina las causas subjetivas del fracaso, a la oposición despiadada de una *hipotética fatalidad*.

El cantar de la sabiduría popular:

Fortuna te dé Dios, hijo,
que el saber de nada vale...

corre de boca en boca, inquietando a la minoría selecta de preocupados y tronchando esperanzas calurosamente concebidas.

Si hemos de especificar el sinnúmero de víctimas y de efectos perniciosos que el fatalismo ha ocasionado en el individuo y en los hechos humanos, el Comercio influenciado por él nos ofrece caudal abundante,

Por de pronto podemos achacarle esa prevención ridícula que se cierne en el ambiente comercial de nuestro país, contra todo plan de perfeccionamiento intelectual y refinamiento de prácticas y modos, y contra todo progreso colectivo que nos equipare a las potencias económicas del mundo.

La deducción de tal premisa, como comprenderéis, es bien lógica. Si afirmamos que el ser humano es esclavo de las cosas humanas, a las que se ha de someter de grado o por fuerza, la voluntad juega en la vida del hombre un papel poco airoso, y entonces son superfluos los esfuerzos que, productos de aquélla, ejercite para vencer las tenaces resistencias y marcados obstáculos que se oponen a su marcha hacia el éxito.

Por fortuna no ocurre así, y la libertad, ese rasgo específico, ese carácter esencial en la humana naturaleza, es la prueba más palmaria que puede oponerse a la apología del determinismo, desde el momento que aquélla (y la historia de las grandezas humanas nos lo atestiguan), abre al individuo las puertas del triunfo, exigiéndole una condición única para su acceso a él: el propio esfuerzo.

En hacer a éste efectivo y viable está precisamente la eficacia de la cultura y de la perfección social del hombre, del comerciante. Esto es innegable; tiene los caracteres de axioma.

No hay que ponderar las ventajas de una y otra. La eficacia en el esfuerzo va en razón directa de la cultura. Estimo que esta última no admite excesos; es de una extensión e intensidad casi infinitas. Pero para ello ha de irradiar de la esfera individual al campo social; ha de ir íntimamente ligada cual compañera inseparable con la acción *intersocial*, por decirlo así. Precisamente la falta de dicha cooperación produce los resultados negativos que venimos señalando.

Se impone, pues, en el Comercio, la renovación de procedimientos. Los rutinarios han de ir cediendo en sus aferradas posiciones al avance de los progresivos, cuyos espíritus dominados por la alteza de miras y la actividad avasalladora que la vida económica moderna exige, son los que han de operar la transformación colectiva que nos llevará a la cumbre.

Nuestra juventud tiene en sus manos un porvenir brillante, y elementos de lucimiento por demás extraordinarios. O lo reconoce así, decidiéndose a acometer animosamente de frente el problema,

o pasará sin gloria y con la desdicha de haber retrasado, cual rémoras, en algunos años, la regeneración económica que será la grandeza de la patria.

JOSÉ CUENCA PÉREZ

Presidente de la S. de E. E.

LA ENSEÑANZA COMERCIAL

CAPÍTULO PRIMERO

Origen de la Enseñanza Comercial

En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amen.

Corría el año 1820. Había en París dos modestos comerciantes conocidos por los nombres de M. Brodart y M. Legret. Atraídos por recíproca simpatía, se reunían con frecuencia, y hablarían, como es de suponer, de los tiempos y de los asuntos de su profesión. En un día del año que llevo dicho, se condolían ambos del sensible atraso del comercio francés, y puestos a deliberar sobre el modo de impulsar el progreso de los negocios y de aumentar la riqueza nacional, convinieron al fin que no había como formar la ciencia de los cambios, radicarla en un centro de enseñanza y difundirla desde aquí en la inteligencia de la estudiosa juventud. Como hombres de iniciativa, saber y patriotismo, no tardaron mucho en acometer por sí mismos la ardua empresa de crear a sus expensas un colegio mercantil y lo instalaron en la Grenelle-Saint Honoré, donde los jóvenes pudieran prepararse para la difícil práctica de los negocios por medio de estudios especiales que fueran como el complemento y corona de la instrucción general. Piden la colaboración de hombres de eximia cultura; con su auxilio crean un cuerpo de doctrina sobre los cambios de toda clase; redactan los programas de las asignaturas; forman un reglamento para alumnos internos; toman a sueldo buenos profesores y anuncian el colegio a los cuatro vientos con el nombre de *Escuela Especial de Comercio*.

Una empresa de tal índole que parece tan natural en nuestros días, era atrevida y arriesgada en aquella época por la repulsión que forzosamente había de inspirar en un público que no sospechaba la existencia de una doctrina mercantil, y no admitía más que la que llevara el sello de la tradición o no fuera pronunciada por el verbo autorizado de la cátedra universitaria. La primera impresión fué de sorpresa; poquito a poco vino la ruda oposición y la acerba crítica.

No quiso examinarse el valor de la ciencia; desde el principio fué rechazada con los motes despectivos de *ciencia de bodeguero* y *especiero*, porque las gentes, según decían, no reconocían la utilidad, ni la necesidad, ni la posibilidad siquiera de la enseñanza de una materia que hasta entonces se venía aprendiendo en la práctica;

y si bien admitían que la industria necesitaba personal experto e instruído, que supiera construir y dirigir la maquinaria, no se resignaban a creer que fuera posible enseñar el comercio en la cátedra a causa de la múltiple variedad de especialidades que no tenían conexión para permitir la formación de una ciencia mercantil.

Este modo de razonar no dejaba de tener cierta apariencia de veracidad que seducía y extraviaba las inteligencias de un público rutinario y prevenido; pero no podía sostenerse en buena lógica, porque sobre toda profesión, sea cual fuere, aun sobre la más práctica y compleja, puede formarse siempre una doctrina que enseñe el modo de hacer las cosas, de hacerlas bien y mejor, y explique por qué salen bien, mejor o peor; y no es obstáculo para la ciencia que la profesión contenga muchos objetos y especialidades dispartadas en apariencia, porque el hombre de talento que ha subido muy alto en la pirámide de los conocimientos humanos, descubre desde cierto punto con divina visión, como dice el filósofo Platón, profanando la palabra, todos los distintos objetos, las relaciones que unen los más inconexos al parecer, sus causas, sus leyes, y puede por consiguiente formar una doctrina científica que puede aplicarse a todas las cosas y a todos los casos particulares.

Es cierto que después del estudio de las materias inscritas en los programas de la enseñanza comercial, restan por conocer las dificultades, escollos, recursos, ventajas y secretos que se descubren en la práctica de cada una de las especialidades y ramas del comercio; pero, en cambio, también es cierto y nadie se atreverá a negarlo, que el joven preparado con el estudio marcha a su negocio con paso más rápido y seguro, y que en igualdad de circunstancias, muestra después de corta práctica superioridad incontestable sobre otro joven que no ha tenido la suerte de recibir en la escuela el beneficio de la enseñanza general ni especial de la ciencia de los negocios.

En suma, mal hizo el público parisiense en negar lo que poco después hubo de confesar, como lo confiesa hoy todo el mundo, fuera de raras excepciones, que existe un cúmulo de conocimientos teóricos y prácticos sucesivamente que sólo se aprenden en la escuela y no se enseñan fuera de ella, los cuales habilitan al joven para el perfecto ejercicio de la profesión comercial en todos sus órdenes, y que la práctica que les sigue, completa y corona la instrucción adquirida en las aulas.

A tales razones, cuya inconsistencia, acaban de manifestarse, se añadía otra de menos entidad. Se negaba que el francés tuviera las cualidades que deben adornar al hombre de negocios; que su inteligencia viva e inquieta de sí no podía doblegarse a las exigencias de las combinaciones lentas del comercio exterior, o a los cambios sobre especulaciones de larga fecha que tanto privan en las operaciones de importación y exportación.

Tales razones tan desprovistas de fundamento, aunque no fueran parte suficiente para invalidar la bondad de la nueva ciencia

cuya enseñanza se anunciaba, eran, no obstante, reflejo fiel de la repulsión que inspiraba al público. Pero la verdadera causa que obraba en el fondo de la oposición sistemática y esterilizaba la tentativa de los dos modestos novadores, era otra muy diferente. El país acababa de salir de las grandes guerras de la República y del Imperio que habían embotado la afición al estudio de las ciencias y había arrebatado la vida de la flor de la juventud que podía distinguirse en el estudio de las ciencias. Todavía hervía la sangre francesa al recuerdo de sus batallas y victorias, y no sin milagro podía trocarse su espíritu inquieto, guerrero y soñador por el espíritu frío, paciente y razonador que requería el positivismo de la industria y del comercio. Si algo había de aprenderse, llegado el tiempo de la paz, no era ciertamente la ciencia mercantil, que era considerada como cosa que humillaba y degradaba la dignidad, sino la ciencia que a su parecer producía gloria y halagaba su vanidad. Por eso la nueva juventud que subía y substituía a la que había sucumbido en los campos de batalla en su mayor parte, ya que no podía hallar gloria en la guerra, la buscaba en las carreras liberales que prometían nombre ilustre: todos los jóvenes querían ser abogados, médicos, doctores, y huían del estudio de la ciencia mercantil que miraban con horror, como cosa propia de gente de baja esfera.

Véase con esto si podía prosperar la nueva Escuela que necesitaba de ambiente y del favor del público para llenar sus fines.

Tales eran las dificultades de orden exterior que bastaban y sobaban para demoler por sí solas la obra mejor cimentada. Mas había otras de carácter interior que eran todavía más insuperables.

La creación de una Escuela Especial de Comercio, que se presentaba como institución científica sin precedentes en la historia de las letras, era la empresa más difícil que podía imaginarse. La ciencia mercantil no existía, había de formarse; para lo cual debían reunirse en un cuerpo de doctrina metódicamente organizados y armonizados los varios conocimientos que podían ser útiles al mercader, al negociante, al banquero, al armador, al importador y al exportador; había de juntarse un claustro de profesores suficientemente instruídos para explicar las materias, sujetándolos todos a un plan más o menos perfecto; se había de ganar después la opinión pública para obtener clientela, de la cual debían sacarse los recursos pecunarios para el sostén y aumento de la nueva Escuela; en una palabra, todo estaba por hacer.

No obstante, bajo la dirección de la inteligente actividad de los dos modestos fundadores, que no se daban un punto de reposo para llevar a feliz término la misión que se habían impuesto, se formó el cuerpo de doctrina comercial con los varios conocimientos que aportaron ellos y los profesores; se reclutaron los hombres de ilustración y saber que a su entender pudieran explicar las materias; se dotó la Escuela del material necesario para la enseñanza intuitiva; se puso el confort y el servicio suficiente para comodidad de

los internos, y se anunció al público, como se dijo antes. Pero el público que era hostil y prevenido no dió sino menguado número de alumnos, y en consecuencia fracasó la empresa desde los primeros momentos, y no dió el resultado que esperaban sus fundadores.

Pero no eran éstos como las cañas que se doblegan y gimen al azote del primer viento que sopla, eran de la materia de que se forma la dura roca que resiste en medio del mar el embate furioso de los elementos desencadenados. Los primeros reveses no sirvieron sino para hacerles insistir con mayor brío en el sostén de una obra que creían buena, útil y patriótica. En estas circunstancias tan adversas, y después del fracaso, trasladan la Escuela a la calle de Saint Antoine, como punto más céntrico, instalándola en un edificio de suntuosa magnificencia interior y exterior, dotado de amplios locales en los que podían funcionar con más desahogo los varios organismos de la Escuela. Las salas de estudio, de clase y de descanso; el salón principal, los dormitorios, comedores, corredores, jardines, patios de recreo y demás dependencias eran de lo mejor que podía desearse en amplitud, luz y ventilación; los adornos y muebles eran de lo más vistoso. Destinaron un local para gabinete de Física, otro para laboratorio de Química y un tercero para museo de muestras de productos. Todos tres fueron provistos de todo lo necesario y útil para la enseñanza de experimentación. El cuadro de profesores contenía los talentos más eximios en el conocimiento de las materias comerciales; el personal de administración, vigilancia y servicios de toda clase era atento, diligente, culto y honrado. Para herir favorablemente la imaginación de los franceses que todavía guardaban gran cariño a la milicia, en cuyo ejercicio habían hecho tantas proezas, y ganar de este modo su ánimo, se estableció la disciplina militar en el trato con los alumnos. Estos vestían uniforme, muy parecido al militar; se les llamaba a los actos ordinarios a tambor batiente, había toque de diana por la mañana, de retreta por la noche; el saludo, el paro, la marcha, las evoluciones, el alto, todo era uniforme y a lo militar; los directores ceñían espada, daban las órdenes con el acero desnudo y marchaban al frente de sus mermadas secciones empuñándolo con gallardía.

Tanto hicieron para la reforma interior y exterior de la Escuela y del internado, y tanto machacaron sobre la imaginación de los franceses, que al fin la opinión pública se dió a partido inclinándose a su favor. Por entre la hojarasca de la formalidad militar, que tan bien sentaba a aquella sociedad superficial y frívola, los hombres de gran talento y recto sentir vieron claro todo lo que había de substancial en la Escuela, apreciaron justamente su valor y trascendencia, previeron los ópimos frutos que podía producir con el tiempo la citada empresa, y se apresuraron a secundarla. Banqueros, negociantes, industriales y economistas de gran valer, prestaron su apoyo para sostenerla y perfeccionarla. Los miembros del instituto

fueron llamados para formar el Consejo de la Escuela, y emprendieron de nuevo la confección de los programas de enseñanza, trazaron la organización de los estudios acomodándolos a las necesidades de la época y aseguraron con sabias disposiciones la ejecución de lo que dejaban estatuido. Conocedores por el estudio y la experiencia de las diversas cualidades y varios conocimientos que convienen al hombre de negocios, de empresa y de administración, no hay que decir si todo fué dispuesto a maravilla. Los nombres de las personas que intervinieron pregonan muy alto la excelencia de la obra; estos son los de Chaptal, Jacques Laffite, Ternaux, Luis Marchaud, Casimir Perier, J.-C. Say, Charles Dupuy y otros que la Historia de la Economía Política cita como los más poderosos propulsores de la riqueza nacional de Francia. Lo que dispusieron estos grandes hombres se ha conservado siempre en la Escuela como depósito sagrado, y sirvió y sirve todavía en los tiempos presentes como de base y punto de partida a todas las tentativas del mismo género que más tarde se ha hecho en Francia y en las demás naciones extranjeras.

A favor de dicho Consejo que tan alto puso la enseñanza comercial, afluyeron a la Escuela alumnos de todas las naciones, aunque no con el contingente necesario para cubrir los cuantiosos gastos que demandaba un organismo tan espléndidamente atendido. Ganó fama universal que fué creciendo a medida que el comercio tocaba los frutos que producían los jóvenes salidos de sus aulas.

Tales son los orígenes de la primera Escuela Comercial, que más tarde fué llamada Escuela Blanqui, por ser Blanqui quien se encargó después de sostenerla y perfeccionarla bajo todos sus aspectos. Siguió con varia fortuna por espacio de algunos años, conservando su primer prestigio, pero luchando siempre con las dificultades de la parte económica, porque nunca rindió lo suficiente aun en los tiempos de mayor prosperidad para enjugar el presupuesto de gastos que exigía la múltiple variedad de servicios de una enseñanza perfecta y completa y un internado modelo.

Las enormes cargas fueron siempre el punto negro de las glorias de la Escuela, y tarde o temprano hubieran acabado con la existencia de tan bella empresa, a no acudir oportunamente a su auxilio la Cámara de Comercio de París, que no quiso que tan buena obra estuviera a merced de los variables recursos que se allegaban de las pensiones de los alumnos. En consecuencia, la Cámara vino en tratos con Mlle. Blanqui, que era propietaria del establecimiento, y compró la Escuela en 120.000 francos, y alquiló el edificio por 25.000 francos anuales, encargándose por sí misma de dirigir la obra que merecía perpetuarse, poniéndola fuera de la influencia de todo presupuesto de ingresos.

La primera disposición de la Cámara fué nombrar un director inteligente, a quien confió el encargo de conservar las gloriosas tradiciones de la Escuela y elevar el nivel científico de los estudios. Bajo la dirección, protección e inspiración de la Cámara el contingen-

te de alumnos internos se elevó de 70 a 92 desde el primer año. Después se dió entrada a jóvenes externos, y la clientela escolar de ambas clases fué creciendo indefinidamente, y el Colegio continúa funcionando desde entonces con gran prosperidad con el nombre de *Escuela Superior de Comercio*.

Los frutos recogidos de esta institución fueron extraordinarios. Los jóvenes que salieron de sus aulas fueron ocupando sucesivamente los primeros puestos de la banca, de las empresas privadas, de las sociedades anónimas; se lanzaron con gran aliento y empuje a todos los negocios de especulación, a la explotación de todas las fuentes de riqueza de Francia y del extranjero, y extendieron las relaciones comerciales con todos los mercados del exterior, e hicieron afluir a su país una corriente enorme de capitales que ha ido engrosando cada día más, hasta casi agotar los tesoros de muchas naciones que no se percataron de la fuerza esquiladora que posee el comercio superior en los países que no saben oponerle otro comercio de igual fuerza. Tanta fué la afluencia del metal de las demás regiones a Francia por la actuación de los jóvenes salidos de las Escuelas Comerciales que ha hecho de los franceses los principales prestamistas del mundo. Asombra recordar que poco tiempo después de pagar Francia a Alemania la indemnización de guerra de cinco mil millones de francos, recobrara por medio de la superioridad de su comercio, una suma mayor en muy poco tiempo. Asombra igualmente que por medio de las ingeniosidades del agio y del comercio, Francia se embolsara cerca de cinco mil millones de pesetas en oro, tomándolas de la circulación española hasta dejarnos casi sin una moneda de este precioso metal. Asombra igualmente que el Banco de Francia tenga reunido en sus arcas la enorme suma de más de cuatro mil millones de francos, después que los capitalistas franceses han prestado al extranjero la cantidad de unos treinta mil millones.

Los frutos que produjo la primera Escuela en beneficio de la riqueza nacional fueron evidentes a todas luces. El Gobierno francés, los gobiernos de las demás naciones, las Cámaras de comercio y todas las instituciones de Francia y del extranjero apreciaron su valor, y en consecuencia todos entraron en competencia para establecer escuelas de comercio en sus respectivos países. La nación que ha creado más centros de enseñanza comercial es la que ha ganado más victorias en esa concurrencia mundial de toda clase de productos, en la cual vencen los hombres más hábiles y mejor entrenados en las disciplinas de la ciencia comercial, y derrotan a los más atrasados.

Francia, con todo y haber sido la nación que introdujo la enseñanza comercial debidamente organizada bajo una fuerza científica de primer orden, no se ha dado gran prisa en establecer muchos centros docentes de esta clase. En la actualidad cuenta con once escuelas superiores de comercio con un total de 1,500 alumnos. Es verdad que tienen toda la perfección de que son susceptibles y sale

de ellas continuamente un buen estado mayor de comerciantes distinguidos; pero a decir verdad, son pocos en número con relación al número de sus habitantes. Cuenta además con otras 23 escuelas prácticas o preparatorias que apenas merecen el nombre de escuelas medias, con un total de 1,800 alumnos. Poco es, por cierto, el número de sus escuelas.

En cambio, tiene Alemania 365 escuelas de comercio con un total de 31,000 alumnos. Solamente en el reino de Sajonia hay 64, que reúnen 6,400 discípulos. No hay que decir que el comercio alemán tiene mayor movimiento que el francés.

El tráfico internacional es el gran revelador de la potencia económica de los pueblos. Si se compara la evolución comercial que han tenido Francia y Alemania desde el año 1900, se ve que la primera nación ha tenido solo un aumento de un 69'50 por ciento, y el de la última, un aumento de 80'50 por ciento.

Se sabe que Bélgica es la nación que más importancia ha dado a la enseñanza comercial, y los efectos son que su tráfico ha aumentado en un 120 por ciento. En los Estados Unidos, que han dado gran impulso a sus escuelas comerciales, ha aumentado su tráfico internacional en un 86 por ciento; En Austria-Hungría es de un 68'97 por ciento solamente, debido al poco desarrollo de los centros de instrucción comercial; Inglaterra es la que más se ha rezagado en la enseñanza comercial; toca, por lo tanto, sus efectos, porque su comercio exterior no ha alcanzado más que un aumento de 44'77 por ciento. La cifra del aumento del intercambio obtenido en España, es solo de un 25'41 por ciento, forzando para ello las valoraciones de muchos artículos, consecuencia, no hay duda, de nuestro descuido en dicha enseñanza.

JAIME TORRES, Sch. P.

PAGINAS HISTÓRICAS

EL FRATRICIDIO DE MONTIEL

III

No fué el crimen de Montiel una tormenta formada con rapidez y desencadenada en los nefandos días del reinado de D. Pedro, no; puede más bien decirse que el germen del mismo, el periodo embrionario, creóse durante la soberanía de Alfonso XI. El lamentable abandono en que este monarca había dejado a su esposa, nube que empañó el refulgente sol de su brillantísima historia, los favores concedidos por el monarca a doña Leonor de Guzmán, a los hijos, fruto de estos funestísimos amores, y a todos los deudos y privados de la dama, no podían menos de entristecer el corazón de la infortunada reina, sintiéndose lacerada por los terribles celos

como reina y como esposa; era soberana de derecho, pero no de hecho; sus parciales no adquieren de D. Alfonso favor alguno, y lo logran en cambio los de la Guzmán; como esposa se veía abandonada, repudiada casi, viviendo bajo el mismo techo que el hombre con quien la ligaban vínculos sagrados y al que pasaba mucho tiempo sin poder ver, sin poder dirigir la palabra, y era natural que por bueno, que por tierno, que por purísimo que fuese el corazón de la esposa, se acumulase en su interior gran cantidad de ponzoña, se pervirtiese su voluntad con deseos de venganza hacia la mujer que la privaba de un esposo para ella y de un padre para sus hijos. Y D. Pedro, criado en el regazo maternal, heredó, como no podía menos de suceder, todo el odio, rencor y aborrecimiento que para doña Leonor sentía la madre del joven príncipe.

La manceba fué muerta por orden de la reina viuda, los bastardos todos, hubiesen sido muertos por orden de D. Pedro, a no haber adelantado los acontecimientos el fratricidio de Montiel.

Pero—cosa extraña—D. Pedro, el adolescente, altivo y caprichoso, el adolescente iracundo y vengativo, empieza su reinado perdonando a doña Leonor, reconciliándose con sus hermanos y adoptando medidas tales, para el bienestar de Castilla, que hicieron esperar de sus súbditos un largo período de engrandecimiento y de prosperidad para la nación.

D. Enrique, al contrario de D. Pedro, era hijo de una reina de hecho, pero no de derecho, habiéndose criado con la pompa, con la majestad, con la esplendidez de un príncipe, y al ver oscurecida su estrella a la muerte de su padre (puesto que ya en el entierro de éste, Alfonso Fernández Coronel cometió su inicuo desafuero con su antigua protectora doña Leonor de Guzmán), al ver asesinada a su madre, al ver caer una tras otras segadas por orden de D. Pedro las cabezas de sus hermanos uterinos, cobró contra su hermano consanguíneo un odio tan profundo y una aversión tan tenaz, que fué creciendo a medida que pasaban los años.

Por otra parte, D. Pedro que de una tan brillante manera había comenzado su reinado, fué maleándose, tornóse iracundo, vehemente, y unido esto a la política no muy honrada de Alburquerque y sus desacertados consejos, a las desdichas que le ocasionaron sus ilícitos amores con doña María de Padilla, y al abandono en que dejó a la princesa doña Blanca, precipitóle hacia una pendiente fatal, abestiada, que no podía menos de terminar sino con el trágico fin con que concluyó su desastroso reinado.

Cuantas veces se habían reconciliado los dos hermanos, otras tantas habían vuelto a reñir, y el resultado fué, que lo que primero se hallaba en un período solamente embrionario, fué desarrollándose en el claustro de las discordias y de las guerras civiles, de los odios y de las ambiciones, de las exaltaciones y de las venganzas, hasta salir a luz en la catástrofe de Montiel.

Menéndez Pelayo establece en su «Antología de poetas líricos castellanos» un razonado paralelo entre el Alfonso el Justiciero y el

Pedro el Cruel. Dice, hablando del vencedor del Salado: «*Ni su fiereza sañuda, ni su astucia cautelosa y sin escrúpulos, perjudicaron en el juicio de sus contemporáneos y aun en el de la posteridad, al grande y terrible Alfonso XI, que al salir del dominio de sus tutores, apareció en Castilla, como encarnación del espíritu de la venganza antes de lanzar el rayo de guerra contra Granada y Marruecos, y salvar por tercera vez la Península de la oleada africana. Si su hijo sucumbió en una lucha no menos desesperada y feroz contra la anarquía señorial, ahogado por las olas de sangre que con vesánico furor había derramado, lo que amengua su figura en cotejo con la de su padre (no es tanta la crueldad, puesto que uno y otro pueden llamarse alternativamente crueles y justicieros) sino la insensata manera de ejercer sus venganzas, la falta de un plan político grande y coherente como el que tuvo don Alfonso, lo arbitrario y descompasado de sus actos, sus alternativas de rigor y flaqueza, de temeridad y pavora, que sólo por un delirio mental pueden explicarse. El destino de ambos monarcas tenía que ser muy diverso en la vida y en la historia. Fué D. Alfonso, con todas sus alevosías y bárbaras ejecuciones, uno de los más grandes reyes de la Península. D. Pedro no pasó de ser un vástago degenerado con veleidades heroicas.*»

Esas son las observaciones hechas por el maestro, que, como emanadas de su poderoso ingenio, son claras, concisas, razonadas...

En efecto; D. Pedro que estaba apurando las fatales consecuencias, hijas de los amores de su padre con doña Leonor, y, por lo tanto, era el hombre a quien menos se le podían perdonar semejantes extravíos, hace más; se enamora de doña María de Padilla, abandona a su esposa a los dos días de matrimonio, pierde a la mujer el respeto que se le debe como dama y como reina, trasladando a la inocente princesa de una a otra cárcel cual terrible criminal, y más todavía, deja al reino castellano sin sucesión legítima, sin un rey verdadero, sin un príncipe que pudiese ceñir dignamente en sus sienes la corona de los Alfonsos, de los Fernandos y de los Sanchos.

La fiebre de reivindicación que en los modernos tiempos parece haberse extendido a todas las ramas de la historia crítica, era natural que se aplicara también a materia tan propicia para ello como era el reinado de D. Pedro de Castilla.

Multitud de opúsculos y folletos, elocuentísimos algunos de ellos, han aparecido a luz a este fin; dos de los mismos son conocidos; es el uno original de don Aureliano Fernández Guerra, del cual no pueden admitirse todas las conclusiones, aunque hay algunas de ellas dignas de tenerse en cuenta. El otro pertenece a D. Joaquín Guichart: «*D. Pedro I de Castilla. Ensayo de reivindicación histórica de su reinado.*» A pesar de los loables deseos de dichos señores, creemos que no han conseguido su objeto, aunque han dilucidado y rehabilitado a D. Pedro en algunos actos que se le impu-

taban antes como crueles, es decir, que han hecho rehabilitación parcial, pero no total (1).

FRANCISCO SALA ROVIRA

Secretario del cuerpo de Redacción.

NOTAS DE ARTE

I

La Orquesta Sinfónica de Madrid

Con una concurrencia numerosa, aunque no con el lleno que debía esperarse, se despidió el miércoles, 5 del actual, de nuestro público esta notable Orquesta.

En el programa, como en los anteriores había *mezcla* de clásicos y modernos, y así, en la primera parte, *las variaciones sinfónicas* de Brahms sobre un tema de Haydn, modificado y trabajado con maestría y dechado de orquestación, figuraban al lado de la fantasía «Feurweck», de Trawinsky, cuyo nombre, de fuegos artificiales le está muy apropiado, pero no sabemos ver lo que significa una combinación tan heterogénea de sonidos, faltos muchos de ellos de armonía y abundantes, en cambio, de extravagancias, que hacen de ella una verdadera obra *de fantasía*...

Lo que decía un respetable señor en un diario local, quejándose de esta clase de composiciones, que no pueden tener buena acogida en nuestro público, amante de otra música mejor y contrario a la resolución de problemas de álgebra para comprender el sentido, si es que lo tienen, de estas modernísimas composiciones.

La música ha de infiltrarse, se ha de asimilar suavemente sin necesidad de esfuerzos que perturben la paz interior, y si nos es difícil comprenderla a la primera vez, no por eso dejaremos de ver que la armonía, la unidad y un pensamiento más o menos profundo campean en ella, conmoviéndonos o entusiasmandonos según la aptitud y la comprensión de cada uno, pero siempre sintiendo que nuestro espíritu acorde con ella, se serena y fortalece, desprendiéndose de su mortal vestidura. Pero en esta composición se ha querido presentar fuegos artificiales, y el esplendor de la orquestación brillante y ruidosa se ha convertido en humo sutil, y leves cenizas son el recuerdo que queda de tanta magnificencia vana, de tanto artificio sin asomo de realidad.

«Las Travesuras de Till Eulenspiegel», poema de Ricardo

(1) Conocemos también, aunque solamente de oídas, pues no hemos tenido ocasión de leerlas, las siguientes vindicaciones de D. Pedro: «*El Rey D. Pedro defendido*», por el conde de la Roca.—«*La Apología del rey D. Pedro de Castilla, conforme a la Crónica verdadera de D. Pedro López de Ayala*», por José Ledo del Pozo.—«*El rey D. Pedro defendido*», de Vera y Figueroa.—«*La historia del rey D. Pedro*» de un anónimo sevillano, y, por último, «*La vindicación del rey D. Pedro I de Castilla*», por Godínez de Paz.

Strauss, aunque de corte original, no obstante no se le puede incluir en este género, pues a más de ser la orquestación mejor, se ve en toda la composición un pensamiento: la figura humorística y extravagante de Till, héroe de la literatura germánica, y del que Strauss ha presentado las escenas más culminantes de su vida. En toda la composición el motivo de Till sobresale veladamente y en los episodios más dramáticos la figura burlona del héroe se combina de una manera acertada con las severas notas de la horca justiciera que dejan el ánimo suspenso de un terror extraño e indefinible.

La sinfonía Faust, que dividida en tres partes, Faust, Margarita y Mefistófele, ocupaba toda la segunda parte, es la descripción de los tres personajes del poema de Goethe tal como los comprendió Liszt, y en la tercera parte, que fué la mejor del programa, ya que los nombres Bach y Beethoven en la Sinfónica de Madrid significan sendos triunfos, y su música constituye, a nuestro entender, su especialidad, pues la cuerda es lo mejor que tiene y en el concierto de Brandeburgo lucieron su saber, diciéndolo de una manera insuperable, lo mismo que la obertura «Leonora» que merecieron grandes ovaciones. Para acallar las cuales tuvo que añadirse una composición de Bach y la «Cabalgata de las Walkirias».

Vaya un aplauso de admiración a la Orquesta Sinfónica por sus gratas visitas, y sean éstas más frecuentes y duraderas, a fin de gozar más de su arte y agradable compañía.

II

Veladas musicales

Atentamente invitados hemos asistido con gran interés a las audiciones íntimas que en el Angelus-Hall los días 7 y 8 de los corrientes han dado el señor Fernando Ardevol y sus numerosos discípulos.

Grato es siempre para los que amamos de veras el arte, la presentación de elementos nuevos que con entusiasmo juvenil dedican sus mayores aficiones y también sus mejores años al cultivo de tan bello y sublime arte; y con el interés natural en nuestra condición de entusiastas, hemos visto que la labor del señor Ardevol, que como concertista ya le conocíamos, ha sido fecunda y provechosa al presentar exquisito plantel de jóvenes, algunos de ellos verdaderos artistas, que constituyen un legítimo orgullo para él y una satisfacción para nosotros.

La fama y el nombre se miden en el mundo por el valor de las obras, y ¿qué mejor labor y mejores frutos puede apeteer un maestro que sus discípulos sean continuadores de su personalidad y vivo reflejo de su estilo y valía personales? La fama del maestro pregonada será por ellos y cubierta estará su memoria de gratos recuerdos y dulces alabanzas. Y el señor Ardevol, concentrado de

estos sentimientos, ha imprimido en sus discípulos su carácter de artista y éstos han comprendido a su maestro.

Analicemos el programa, que él por sí hablará más que nosotros y veamos la vía ascendente que forman sus discípulos a partir de las ingenuas interpretaciones de Schumann, Clementi y las ya personales de Mozart y Haydn que dieron las encantadoras niñas Mercedes Llone y Lolita Valeri, y prosigamos el análisis citando los nombres de Anita Steegucano, hermanitas Mondon, Montserrat Fargas y Rosario y Pepita Caralt, que forman un notable adelanto, y lleguemos a María de la Cruz de Malibrán, que en violoncello es una notabilidad y que en todo sabe imprimir un sentimiento y una pasión muy raros en su edad, recordemos la interpretación acertadísima del *largo* de Beethoven, por la simpática Lolita Herbert, que demostró comprenderlo ya con sinceridad y nobleza, y añadamos, como bella cumbre de tan hermoso *vergel* (conjunto), a la gentil Mercedes Mir, que en la sardana Camprodón, de Manén-Ardevol, y en el *allegro con brío*, del tercer concierto de Beethoven, demostró, por sus cualidades extraordinarias en la dicción de piezas tan difíciles, que era ya una verdadera profesora.

Y ahora, ante este cuadro de risueñas esperanzas y de alagadores resultados que dice de por sí lo que nosotros con difícil y vulgar palabra no hubiésemos sabido expresar, ¿qué menos que admirar al maestro y aplaudir a los discípulos podemos hacer los que, como yo, gustamos de todo lo que significa arte, cultura y educación?

Digamos algo del maestro que en el concierto dedicado a sus discípulos hizo alardes de ejecución, mecanismo y buen gusto en la interpretación de Schumann, Strauss y en la transcripción de una fuga de Bach, muy difícil como todas sus transcripciones, y pongamos fin a estos renglones que no permite el espacio sean muy largos, con la más modesta, pero sincera felicitación por nuestra parte.

FRANCISCO DE P. POTAU

Académico de Número

9-VI-914.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA ARMONÍA ENTRE EL CAPITAL Y EL TRABAJO

III

SEGURIDAD EN EL TRABAJO

La clase obrera en España está atravesando, de largo tiempo a esta parte, un período de decadencia tal, que se hace de todo punto indispensable se fije seriamente la atención en ello, tanto por parte de las Cámaras de Comercio, puesto que está en sus atribuciones, como demostraremos más adelante, como por parte de las

entidades científicas y del Gobierno, y principalmente, a mi entender, por las Juntas locales de Reformas sociales.

A medida que la ciencia económica va abriéndose paso, se nota un fenómeno al parecer raro, esto es, que en vez de ser beneficioso para el obrero e industrial el admirable desarrollo que de día en día se adquiere en el perfeccionamiento de los instrumentos del trabajo, es causa de continuadas crisis, ya acaso por la naturaleza de las reformas que tal perfección acusa, ya por la mayor producción, ya por el mucho consumo y baratura que por la competencia se realiza.

Es verdad que todas las naciones han pasado por estos períodos de prueba, hasta el punto de amenazar las más de las veces serios conflictos; pero no lo es menos, que tanto los hombres científicos como los hombres de Estado, han debido preocuparse ante tales calamidades y buscar los medios más eficaces para atenuarlos.

Prueba de ello es el gran desarrollo que en Inglaterra, Alemania y últimamente en Francia, han ido adquiriendo las Asociaciones que tienen por objeto proporcionar a los obreros alimentos de buena calidad y baratos. Lo propio acontece en la misma Alemania y en Escocia con la creación de los Bancos populares, los cuales se dedican a prestar capitales a los obreros, bajo sólidas garantías, para que éstas las empleen en el fomento de sus respectivas industrias.

Además de éstas, se han creado otras que se dedican también a facilitar a las familias obreras, por medio de equitativos estipendios, viviendas, que a más de reunir las indispensables condiciones higiénicas que la ciencia aconseja, son al mismo tiempo de pronta y fácil adquisición. En Barcelona nos cabe la satisfacción de ser de los primeros de introducirlas en España.

Cierto que al procurarse estos medios para hacer frente a las calamidades que el excesivo aumento de producción trae consigo, se ha procurado también por punto general no obedecer a miras exclusivistas, y a ello se debe sin duda el que se haya dejado más expedito el paso a la majestuosa marcha del progreso, procurando ante todo armonizar los intereses por él afectados.

Los progresos con tanto éxito operados en las expresadas naciones, débense en gran parte a los profundos estudios de célebres economistas y a la incondicional protección, que con el fin de evitar males mayores, los Gobiernos han dispensado a esta clase de asociaciones.

Por este sistema, no tan sólo han logrado asegurar el orden interior, que, como hemos dicho, más de una vez habían visto comprometido, a causa del malestar que estas clases sentían, sí que también, a más de procurarles los medios para mejorar sus condiciones económicas, han visto aumentar de una manera prodigiosa sus industrias y han tenido medio fácil de elevarlas al grado de perfección y adelanto en que hoy las vemos.

Sabidos son los inconvenientes que consigo trae al principio toda reforma, pues por regla general siempre nos ofrece el espectáculo de que con ello benefician los menos en grave perjuicio de los más, y de aquí la lucha de encontrados intereses, pero si por el contrario, se implantan sin ninguna mira egoísta, la lucha no tiene razón de ser, puesto que siendo armónicos los resultados que de aquella se obtienen, en vez de ser acogida con desagrado por unos, es aceptada con entusiasmo por otros.

Esto nos demuestra de una manera evidente que si se hubiera partido de esa base, otro sería el estado de la clase obrera en España. Por desgracia no se ha procedido en ella de igual modo, a causa, sin duda, de las continuas convulsiones por que ha pasado nuestra Patria en el orden político y la poca estabilidad de los Gobiernos, con lo cual, si bien se han resentido todas las clases sociales, ha afectado de una manera más directa a la clase que nos ocupa, por la falta relativa de medios con que cuenta.

Esta es la causa de que a la más insignificante crisis en el orden económico se ha de acudir a medidas extremas, que por más que se diga, siempre desdicen de una nación que se precie de ilustrada y culta, para acallar, aunque sea momentáneamente, las justas reclamaciones de la clase perjudicada.

De aquí que, en vista del aislamiento en que se la ha dejado, haya buscado en un principio por medio de las Asociaciones de resistencia, condenadas por la ciencia, el modo de mejorar su situación.

Que son inútiles e injustos cuantos esfuerzos se hagan en el terreno de la violencia, nos lo han demostrado con harta elocuencia la incontrastable lógica de los hechos por una parte, el testimonio de nuestra conciencia y los más rudimentarios principios de lo justo y de lo injusto, y por otra el de la libertad individual. He aquí explicado una vez más nuestro empeño en arrancar de las masas obreras estas preocupaciones, para llevarlas por el verdadero camino del derecho y de lo práctico.

En corroboración de lo anteriormente dicho, y con el fin de acabar de una vez con estas luchas entre patronos y obreros, acordamos presentar a los Cuerpos Colegisladores un proyecto de ley restaurando la instalación de los jurados mixtos.

Pero por más que estos altos Cuerpos atiendan tan justa demanda, siempre nos encontraremos, o más bien, nos encontramos que ella no resuelve del todo el problema, pues si bien adelantáramos un gran paso extinguiendo las luchas entre el capital y el trabajo, quedaría sin embargo en pie la cuestión de la poca seguridad que en éste tiene el obrero, como parte más débil, aunque a veces abusa de esta misma debilidad, haciendo retraer el capital.

La perturbaciones que en el hogar trae consigo esta inseguridad, son incalculables. Si el obrero carece algún día de trabajo por causas fortuitas, lo primero que procura es ocultar su precaria situación, y para ello acude al empeño; agotados los recursos que con

él se ha proporcionado, busca por medio del crédito el modo de cubrir sus necesidades; pero cuando ve que a pesar de haber agotado esos recursos, sin nada que empeñar, perdido el poco crédito que tiene por no haber podido pagar lo fiado y molestado a sus antiguos compañeros pidiéndoles alguna pequeña cantidad para pasar el día, y su situación va por horas empeorando... Entonces se presenta a nuestra vista un cuadro verdaderamente aterrador y deplorable, pues, a pesar de que una fuerza mayor le lleva a tal estado, aquel honrado padre de familia ha de pasar a la vista del vulgo, que no se ha cuidado de indagar las causas de su precaria situación, por estafa, por vago, ... etc., y tal vez rechazado por la sociedad, se sentirá impulsado a odiarla, y entonces, agobiado por la necesidad, acudirá hasta el crimen, a que nunca hubiera llegado. Pues bien: ¿podrían cuando menos atenuarse estos terribles efectos, empleando los medios que se han procurado otras naciones, para lograr el bienestar de sus obreros? Nosotros así lo creemos; pero mientras tanto se estudian con detenimiento estos problemas, importa estar prevenidos para cuando se presente alguna de estas calamidades, ya abriendo trabajos públicos o empleando otros medios análogos, para evitarnos el espectáculo de tener que ver a los obreros implorando la caridad pública, acto repugnante al mismo obrero.

Cuestiones tan trascendentales no deben abandonarse por completo en manos del Estado, ni mucho menos confiar en su sola iniciativa; han de venir secundados no sólo por cuantas Corporaciones se interesan por el bien de la humanidad, sí que también por los particulares que con su poderosa influencia puedan en ocasiones dadas llevar a cabo la idea que se concibiere, o impulsar para que se realice en breve tiempo.

Sin ánimo de que se nos tache de exagerados, dejamos al examen e imparcial criterio de los hombres inteligentes y a los que se preocupan por el estado actual de la clase obrera, mediten si en las condiciones que ésta se encuentra, y teniendo en cuenta, aparte de lo anteriormente expuesto, los muchos tributos que pesan sobre la propiedad, los consumos, la industria, etc., vean si hay razón de sobra para que se procure poner remedio eficaz e inmediato a este mal que tantos sinsabores nos cuesta. Pero todo esto sin envalentonar a los huelguistas de profesión, causa la mayoría de las veces, de las desgracias de los demás.

No daremos por terminada esta parte sin antes señalar otro punto que consideramos de suma importancia por lo mucho que afecta a las clases poco acomodadas, tanto de la clase obrera como de la olvidada clase media que viene a ser la cenicienta de la sociedad. Nos referimos al inmoral y escandaloso monopolio que sobre los artículos de indispensable consumo se ejerce por el sistema de acaparamiento. Creando Cooperativas y persiguiendo aquél podría el obrero respirar.

CLEMENTE VISCARRI.

Académico Supernumerario.

IMPRESIONES

El lunes de Pascua de Pentecostés subí por la tarde al Tibidabo: se celebraba, como es sabido, la popular y ya tradicional «Romería del Ram». Reinaba la alegría propia de los actos que realizamos los católicos: se cantaba, se reía, se rezaba, se disfrutaba.

Yo contemplé el hermoso panorama que desde aquella montaña se divisa; vi la procesión; los acordes de la Marcha Real alegraron mis oídos; y en el acto de la solemne bendición a la ciudad de Barcelona, gocé de lo sublime; recé y canté; bajé con los romeros; en la Bonanova fuimos recibidos por la comunidad; pronunciáronse entusiastas sermones; saludamos a la Santa Virgen con la *Salve* y fuímosle a besar su mano. Y después de haber pasado tales actos, llenos de felicidad nos despedimos cantando el «Firme la voz», y decididos a tomar activa parte en la campaña de Afirmación Católica, que entonces se preparaba.

Admiré la cripta del templo monumental que en aquella montaña se levanta en honor del Sagrado Corazón de Jesús, ¡Hermosa idea, construir un trono desde donde el Sagrado Corazón pueda reinar sobre Barcelona! ¡Y que este trono esté en la alta montaña del Tibidabo, para que los fieles al levantar los ojos al Cielo se encuentren con la mirada bondadosa y paternal del Sagrado Corazón! ¡Y para que El pueda bendecir a Barcelona que tanto le conviene!... El Sagrado Corazón, en cuyo «Reinaré» está la esperanza segura de nuestros tiempos!...

Y más hermosa hace la idea el querer levantar este templo a costa de sacrificios... Hoy que en general los católicos buscamos la comodidad en todo...

Lo que me extrañó fué que existan esculpidos en las columnas de aquella cripta los nombres de quienes las habían pagado. Aquellas columnas me hicieron el efecto de monumentos levantados a la vanidad humana. Veía una contradicción en aquella cripta donde se rinde culto al Sagrado Corazón, modelo de humildad, con aquellas columnas que me hacían venir a los labios aquella sentencia: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*.

Mas, por cierto, que esto es cosa de muy escasa importancia al lado de la que tiene el proyecto.

Lo que sería bueno hiciésemos los católicos, fuera que con nuestros sacrificios y limosnas ahorrásemos el tiempo, que tal vez, por falta de recursos materiales, tenga que estar en construcción este edificio; de esta manera verían los visitantes de nuestra ciudad, que no obstante la agitación anticatólica que reina en ésta, se conserva aquel hermoso espíritu religioso que nos legaron nuestros antepasados.

¡Ah! ¡Se salvará Barcelona, si se pone bajo el manto protector del Corazón Sagrado de Cristo!

FRANCISCO DE P. BADIA TOBELLA,

Académico de Número.

CROQUIS

Retornamos a la vieja ciudad pueblerina. La ciudad que abandonamos en otro tiempo pasado. Para reposar de nuestras tareas, para descansar de nuestro trabajo. Gozaremos de la fruta fresca y deliciosa, del aire puro y perfumado que sana el cuerpo y vivifica.

Gozaremos de la tranquila calma de la ciudad. De las charlas familiares, de las conversaciones amistosas. Deambularemos por los paseos de acacias, grises y melancólicos. Oiremos a los eternos pregones que anuncian sus mercancías. Las verduleras se mostrarán propicias con sus cotidianos compradores.

Pasarán las *someres* con su penosa carga, hacia el mercado. El payés vendrá del *troç* vigilando sus mercancías. Y los chiquillos jugarán por las plazas, como volanda de tiernos pajarillos. La matinal campana del convento tocará a misa. Saldrá el sol con la misma munificencia.

—Nosotros nos acordaremos, que estamos en *vacaciones*.— Y cuando venga Octubre, regresaremos a Barcelona, nuestra ciudad ideal e insoñada.

JULIO SANTA-MARIA.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Ramillete del ama de casa, por Nieves. Un volumen de $12 \frac{1}{2} \times 19 \frac{1}{2}$ centímetros, de XVI-412 páginas. Encuadernado en media tela, 4 ptas. (Por correo, certificado, 0'45 ptas. más). Luis Gili, editor. Claris, 82. Barcelona.

El volumen que acabamos de recibir es una segunda edición, de cuya primera ya dimos cuenta en esta REVISTA. La rapidez con que el público ha agotado la primera edición es una prueba elocuente de que no nos equivocamos, al dar entonces nuestro modesto parecer sobre el libro.

Esta segunda edición aparece notablemente aumentada, conteniendo muchísimas fórmulas de cocina y de repostería.

El libro está encuadernado en media tela y cubierta a dos tintas.

Creemos que esta segunda edición tendrá la misma suerte que la primera, y así lo deseamos.

Espejo de perfección franciscana, por D.^a Asunción Mascaró y Gaurán. Un volumen de $12 \frac{1}{2}$ por 20 cms., de XXXII-825 págs. Encuadernado en tela, 5 ptas. En rústica, 4 ptas. Luis Gili, editor. Claris, 82. Barcelona.

Es una colección de vidas de Santos y personajes notables pertenecientes a la V. O. T. de San Francisco de Asís.

Contiene 76 vidas, relatadas con estilo muy ameno y realmente propio de esta clase de obras.

Va ilustrada con un interesante prólogo del P. Vicente de Peralta, O. M. C.

Aunque es un libro que para los congregantes franciscanos es de suma utilidad, no lo será menos para toda clase de personas piadosas, especialmente si son devotas del Santo.

Arqueología y Bellas Artes, por D. Ventura López, Pbro. Un volumen de 16 por $24 \frac{50}{100}$ centímetros, de 116 págs. Encuadernado en media tela, 5 pe-

setas. (Por correo, certificado, 0'40 ptas. más). Luis Gili, editor. Claris, 82. Barcelona.

El ilustrado profesor de Arqueología y Bellas Artes del Instituto de Figueras ha hecho una obra relevante, que ha de redundar seguramente en bien de los jóvenes estudiantes, a los que particularmente se dirige.

Obras de esta naturaleza no faltan en España, pero pocas tal vez tan fieles a los principios pedagógicos como la presente. Contiene hasta 105 grabados cuyos dibujos a la pluma son debidos a D. Francisco Caula.

Es una obra de divulgación artística muy propia para despertar la afición al estudio de la Arqueología, y como tal la recomendamos eficazmente a los Institutos, Seminarios y Colegios, a los que va expresamente dedicada.

Ecos del Cielo o el Ave María, por D. Francisco J. Wetzel. Traducido del alemán por el Rdo. P. Quintín Pérez, de la Compañía de Jesús. Con tres hermosas láminas.—Un tomito en 8.º 0'80 ptas. en rústica y 1'40 encuadernado. Barcelona.—Librería y Tip. Católica. 1914.

He aquí un libro por su brevedad y elegancia llamado a vivir en todo hogar cristiano. Es tierna y hermosísima paráfrasis de la salutación angélica, en la que se exponen muy cumplidamente el significado de cada una de sus palabras.

Enriquecen la hermosa narración, multitud de historias y ejemplos donosamente escritos, mostrando algunos de ellos acendramiento de gusto y concentración descriptiva nada vulgares.

Dan al libro aire de españolismo varias poesías tomadas, con leves excepciones, de nuestros antiguos y venerandos «Cancioneros religiosos».

Visites y Novena a Ntra. Sra. de Montserrat, por el P. Magín Ballbé y Manyá, Sch. P. Un tomito de 285 págs. Encuadernado en media tela, 1 peseta.—Imp. Elzeviriana. Rambla de Cataluña, 12 y 14. Barcelona.

La presente obrita responde, según se lee en el prólogo, a la utilidad de que todos los cofrades de la numerosa Asociación montserratina, establecida desde muy antiguo en el colegio de PP. Escolapios de Mataró, tengan un directorio apropiado, que les sirva de pauta para todos los actos piadosos que, como cofrades, celebran en honor de la Reina de Cataluña.

El P. Ballbé al realizar su pensamiento ha tenido presentes las necesidades de aquella simpática cofradía, con la cual ha vivido bastantes años en íntimo contacto, para poderse hacer cargo de ellas.

Así ha compuesto un librito en que se halla todo lo que en realidad forma la base de los actos piadosos que mensualmente dedican a María aquellos buenos y entusiastas cofrades.

Hay una visita para cada mes, compuesta de una meditación adecuada, un coloquio, unas deprecaciones marianas, un ejemplo, una corona de alabanzas a María y una oración final.

Todo ello muy bien escogido y lleno de unción religiosa.

Sigue una novena a la Virgen de Montserrat. El libro está escrito en catalán, como es natural, y conforme a las recientes normas ortográficas.

Hemos leído algunas meditaciones y las hemos hallado excelentes y muy apropiadas para las personas que han de servirse de ellas. Quizás adolecen de un defecto: el ser en conjunto demasiado extensas, porque nosotros somos de parecer que una meditación es algo diferente de una lectura meditada. Para nosotros, una meditación debiera constar de puntos cortos, muy cortos, a fin de que los fieles pudieran paladear a pequeños sorbos, por decirlo así, el exquisito licor de la piedad contenido en la meditación.

NOTAS SUELTAS

La lluvia del jueves de Corpus deslució en extremo la manifestación católica, tradicional en tal día. Casi no concebíamos una tarde de Corpus sin un sol espléndido y sin aquel polvillo de oro característico de la fiesta eucarística, flotando en el ambiente.

Este año el tiempo se hizo radical y protestó de la manifestación católica, obligando a suspender la tradicional procesión, al mismo tiempo que sus correligionarios del municipio protestaban, en nombre de la tolerancia, naturalmente, de que las otras minorías hubiesen acordado enviar representantes a la popular manifestación.

El *Orfeo Catalá* ha vencido en París.

Nuestra primera entidad musical ha logrado llamar poderosamente la atención de los parisienses, como logrará sin duda llamar la atención de los londinenses. Y esto que los cantos del *Orfeo* no son las indecencias con que las artistas españolas suelen remover las bajas pasiones de la Europa consciente. De lo cual resulta que no es cierto que para dar gusto al público haya que hablarle siempre en necio.

Felicitemos cordialmente al simpático *Orfeo Catalá* que así enaltece con sus triunfos la religión y la patria.

Hemos recibido el número extraordinario de la revista «Correo Interior Josefino», de Tortosa, dedicado a conmemorar las bodas de plata sacerdotales del Rmo. D. Benjamín Miñana, Pbro., Director General de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos. Contiene texto variadísimo y ameno, una reseña de las fiestas; un gran número de pensamientos firmados por casi todos los obispos de España y altas dignidades eclesiásticas; frases laudatorias de varios sacerdotes e interesantísimos grabados. Agradecemos el envío.

Estudio histórico-crítico sobre el lugar del nacimiento

de San Raimundo de Peñafort

(Continuación)

En 1557 tenían todavía la casa y posesiones, como lo demuestra el documento siguiente y relativo a la venta de quince cuarteras de trigo censuales a préstamo de 3.900 sueldos, hecha por Bernardo de Peñafort a Bernardo de Torrevieja, mercader de Barcelona. Y de paso haremos notar que la pieza de tierra sobre la que se estipula el préstamo, dice:—*está situada muy cerca de nuestra casa dicha de Peñafort.*—*Instrumentum venditionis quindecim quarterarum frumenti censualis pro tribus mille nongentis solidis monete barcinonensi de terno, facte per Bernardum de Penaforti militem Bernardo de turre veteri mercatori civi Barcinonensi super quadam petiam terre sitam satis prope domum nostram dictam de Penaforti.*—17 Kal. Nob. 1757. (1).

Los instruments y noticias—(dice el citado manuscrito)—se

(1) Varia de Ordine, etc., fol 261.

han copiat de un llibre manuscrit intitulat *Apunts*, del V. Pare Guasch ques conserva en la llibrería del Convent de San Ramón de Peñafort.

El caballero Arnaldo de Monteolivo, como hijo de Geralda de Peñafort, parece fué el último descendiente de la casa del Santo, por línea materna, y en calidad de tal heredó los bienes. El *Lúmen* de Santa Catalina asegura que en 1350 ya no existía ningún Peñafort, apoyando tal afirmación en el *Capbreu de la Quadra de Abadal*, casa y finca lindante con la de Peñafort. *Per est capbreu que te lo senyor Baró de Rocafort se veu que en 1350 tota esta hacienda estava ja dividida y nos parla de cap Penyafort.*

Efectivamente consta que las casas, torre y fincas las compró Berenguer Gatell, señor del Abadal, el cual así lo asegura en el testamento que otorgó ante Francisco Llop, vicario de Santa Margarita.

A la muerte del testador, dichas propiedades pasaron al obispo de Barcelona, como administrador de causas pías, como se desprende del documento citado. El Prelado nombraría apoderado al párroco de San Cugat de Moja, Berenguer Calabuix, pues en concepto de tal aparece como curador de los bienes de un tal Guillem. Lo cierto es que a 3 kalendas febrero de 1350 vende a Bartolomé Mascaró de la parroquia de Santa Margarita, *dos pesas de terra.*

En lo concierne a la casa, ya lo dijimos en el artículo anterior, apoyándonos en el testimonio del P. Guasch, que en 22 de Diciembre de 1356, Arnaldo de Monteolivo, hijo de Geralda, vendió la casa de *Bella vista muy antigua*, a Marco Llaurador hijo de Marco, jurista o juez de Villafranca.

El mencionado vicario de Santa Margarita, el 15 de Febrero de 1374 formaliza otra venta.

En 1405 María Galletosa, compró la heredad al Prelado, según escritura otorgada a 3 Septiembre, ante el notario de Barcelona Gabriel Canyelles. Por las cláusulas que a continuación copiamos, se verá que abarcaba también la casa y que la torre estaba ya derruida.

Item etiam quandam turrim meam dirutam vocatam la Torre de Penyafort, situatam in dicta parrochia Sanctæ Margaritæ Penitensis.

Extra in quadram predictam una cum feixis terræ semitæ unius jornalís partem plus vel minus, et olivariis qui ibi sunt. Et dictas feixas terræ contiguas dicte turri, cum introitus, exitibus, juribus et pertinentiis dicte turris, qua turrim cum dictis feixis terræ Ego possideo libere et farneum alodium prout assero meis certis et justis titulis habeo et posideo in loco predicto, et satis prope dictam quadram. Et terminatur dicta turris... eidem turri contigues ab una parte cum honoribus den Soler de Caças blancas de dicte parrochiæ de Santæ Margaritæ ab alia cum torrente qui ibi.»

La mencionada señora estaba casada con Mateo Brunet, ciudadano de Barcelona.

Por otra escritura fecha 13 de julio de 1413 y autorizada por el notario de la Ciudad Condal, Bartolomé Cavall, la susodicha Galletosa cediólo a Luis Brunet, pasando luego a Pedro Brunet, como sucesor y heredero de su abuelo Luis Brunet y de María Galletosa, mujer entonces de Ramón Gatella y en primeras nupcias de Mateo Brunet.

Pedro Juan Brunet, al que califican de honorable, hizo testamento en 26 agosto de 1505 en poder de Francisco Bofill, vicario de Santa Margarita. Deja sus bienes a Alfonsa Güeso y ésta nombra a la vez heredero universal a su hijo Juan Güeso.

El mencionado doncel, en 17 diciembre de 1547, vende, a carta de gracia, a Jaime Aguilar, según escritura otorgada por el notario de Barcelona Estevan Janer, como a regente de su abuelo paterno Pedro Janer. En 21 abril de 1553 vendió también al referido Aguilar el *jus luendi*, en poder del notario de Villafranca Juan Bartomeu, de lo cual da fé Gaspar Bartomeu.

El *magnífico* Jaime Aguilar, doncel, domiciliado en Barcelona, a 8 septiembre de 1562, vende la heredad a Pedro y Pablo Riu, padre e hijo burgueses de Villafranca; según escritura de Pedro Pablo Vidal, escribano del General de Cataluña.

Por otra escritura otorgada por Pedro Titor, notario de Barcelona, cede el referido Aguilar alguna cosa a Pedro Riu mercader de Villafranca.

Ignoramos por qué causas los citados Riu fueron privados judicialmente de la posesión de las fincas de Peñafort. Lo cierto es que en 27 diciembre de 1586 fueron ejecutados, incautándose de sus bienes el Estado y fueron luego vendidos en pública subasta, según la noticia siguiente que, aunque figura en el *Lúmen* de Santa Catalina, como las anteriores, ésta, dice, procede del Archivo del Barón de Rocafort, y de «*un llibre intitulat de diverses memorias*», pág. 153.

«A 23 de Novembre de 1586, en poder de M.^o Pau Xermar, Notary de Vilafranca per M.^o Luis Rufet, escrivá major de la casa de la diputació del general de Cathalunya, compra al encant publich la *torre de Penyafort*, casa, molins y quadra de la badal en la parrochia de Santa Margarida, venense per execusió per los Rts. Diputats del General de Catalunya mer executor Pau Genovés comisari Real.—Está en alou del Pavorde del Panadés de S. Cugat.»

AGUSTÍN COY COTONAT

Capellán primero del Cuerpo Eclesiástico de Ejército

(Continuará)